



"Las estancias absurdas de Elena", obra en tinta de Carlos Balaguer, expuesta en Bogotá y Buenos Aires.

La muerte y la decisión Gubernamental

Por Carlos Balaguer

Los años corrían en los expedientes. Un brote epidémico de viruela asoló repentinamente las calles de la ciudad. La decisión gubernamental —a criterio de alta teosofía del señor presidente— fue no poner en práctica las medidas antiepidémicas modernas ni aceptar la ayuda de organismos internacionales de salud. Para contrarrestar la peste y purificar el ambiente se mandó a forrar con papel de celofán de color los faroles del alumbrado público. Según el criterio del señor presidente, los biólogos sólo habían descubierto cinco sentidos, pero en realidad existían diez para él: hambre, sed, procreación, micción y movimiento intestinal. Agregó que es bueno que los niños anduvieran descalzos porque así recibirían mejor los efluvios benéficos del planeta y sus vibraciones; que las plantas y los animales no usan zapatos; que es un crimen más grande matar a una hormiga que a un hombre, porque el hombre al morir reencarna, mientras que la hormiga muere definitivamente. De tal manera que cuando el señor arzobispo le pidió en nombre de Dios el cese de las ejecuciones de los rebeldes, un reguero de hormigas brotó de la cripta palpitante de su corazón. El programa moral emitido enseñaba que la muerte era una ley de transformación, siendo por tanto, un deber respetar esas leyes. Quizás por ello los médicos invisibles —auxiliados por las "aguas azules"— se negaron a salvar de una peritonitis a su hijo menor, el más querido.

De esa manera fue pasando todo sobre aquella tierra irredenta castigada por las pestes, por los terremotos, la represión, cuando no por las plagas internacionales, por la asfixiante sis-

temática económica de otras naciones dominantes o por la misma dominación criolla. Aún se recordaba el fusilamiento de los líderes de la rebelión y la manzanza de finqueros de occidente, cuando llegó la peste del cólera entre el murmurar funestos de los consejos de guerra. La muerte uniformada barrió con todos los sospechosos. En un aparato lupanar del barrio San Jorge mártir, comenzaron a morir todas las "niñas" que bajo el cuidado maternal de Estebana —la bondadosa mamasanta del burdel— ofrecían su cuerpo oloroso a perfume "Cuatro Rosas". Estebana, según decires, era una mujer de rancia extracción, pero que hubo de renegar de los hábitos de su extinguida cepa para dedicarse a ese inapropiado empleo del olvido, administrando así la economía de aquel aparato putalístico de la vida. Las muchachas según vivieron —depositaban en ella su amor de hija, substituyendo el antiguo vacío maternal de la muerte. Tanto fue así que, cuando la vieja cayó en cama víctima de las torturas intestinales de la enfermedad, Lipa —la adorable capulina de ojos ciegos— no se apartó de su lado en su lecho de enferma, administrándole las pocimas y menjurjes de su curación. La ciega Lipa —joven y eficiente para el oficio— contrajo la enfermedad y un día de tantos quedó inmóvil y sin flores sobre la taza del excusado, como un rezagado zurrupio remolquero de la muerte.

Por esos días fue cuando Dolores —que había aprendido de la vieja Toña Méndez un poco de panadería— contrató unos panaderos de San Esteban y del barrio de la Santa Virgen de la Concepción, para abrir en la casa una panadería que le per-

mitiera seguir subsistiendo y distraerse así un poco del tedio y la soledad. La pobre Dolores había quedado sola en el desierto y resquebrajado caserón de los Escuderos. Había pasado alrededor de diez años de la muerte de Esther y de la fuga de Lucio. Al verse cercada por el silencio, buscó el amparo espiritual de las monjas amigas del convento Santa Teresita a donde fue a trabajar como cocinera. Pasados los peores años de fatiga, decidió regresar a los quehaceres de aquel hogar vacío, instalando una pequeña pastelería con el capital inicial de sus ahorros más algunas modestas donaciones de las monjas. De esa manera mitigó un tanto la umbredad de su vida, puesto que el establecimiento del negocio le permitió escapar un tanto de la ruina moral que asfixiaba la casa. El árbol de la vida seguía envejeciendo al fondo del traspatio y las guineas —invencibles ante el tiempo— continuaban renaciendo.

La parte de los techos y los aleros se fue atestado de palomas —miles de palomas— que se comían unas a otras para refrenar un poco su locura. Se multiplicaron tanto, hasta convertir la parte superior de la casa en el más grande y desesperado palomar de la tierra, voraz y pavoroso. Las pobrecitas gallinas tuvieron entonces un terrible enemigo ya que las palomas las fueron matando poco a poco, a tal grado que las sobrevivientes a su voracidad tuvieron que refugiarse en los más inadvertidos escondrijos del traspatio, viviendo en cuevas, cuando no en la bodega o en las perforaciones del tronco lenoso del árbol.

(Tomado del Libro "Si la muerte nos dejara otra primavera").

Los Libros y los Días

Versos, Tigres y Mujeres

Por Ramón J. Sender

Entre los papeles interesantes pero cancelados por la ley de la actualidad hay en mi casa algunos que merecen y tendrán siempre derecho a alguna clase de atención. Es lo que sucede con estos que he hallado por azar en mi pequeña biblioteca.

Hacia 1959 recibí de Bogotá (Colombia) editado por el Ministerio del Trabajo, cuyo titular era el Dr. Otto Morales Benítez, un folleto titulado: "El pensamiento social de Rafael Uribe". Se trataba de celebrar el centenario del nacimiento de aquel prócer liberal de Colombia.

No puedo resistir la tentación de reproducir lo que Rafael Uribe dice en un escrito enviado a la revista "Albores", de Manizales desde Río de Janeiro en 1907. Leyéndolo no puede uno menos de pensar cuál sería la opinión de Rafael Uribe ahora dentro y fuera de Colombia sobre la misma materia.

Dice el que fue general Uribe: "Confiésenlo o no lo que buscan los niños célebres de la literatura es nombradía y la que alcanzan los otros no les deja dormir. Mas, por ventura, ¿son las letras el único camino de la fama? Se puede adquirir por otros mil medios, siendo de paso útiles a sus conciudadanos. Si los mueve el ansia de comunicar a los demás lo que saben, ¿por qué no abren escuelas nocturnas para obreros? Si es la necesidad de poner su espíritu en comunicación con el de los otros, ¿por qué no organizan series de conferencias públicas sobre temas de interés nacional inmediato? ¿Es la palabra impresa el único medio de transmitir el pensamiento? Si es prurito de singularizarse, no hay senda más vulgar y más trillada que la de la literatura. Por ahí trajina todo el mundo en Colombia, y dan prueba de muy escasa originalidad los que la siguen. Vicentes que van a donde va la gente. Esto debiera bastarles a los sedientos snobs para hacer un gesto de hastio y torcer el rumbo hacia otras tierras intelectuales o si se trata simplemente de la expansión de su desbordante juventud, ¿por qué no emprenden una de esas labores plausibles de las que tanto necesita nuestra sociedad? Haré de algunas de ellas una corta enumeración".

Y más adelante el simpático general que tanto luchó por el progreso de Colombia en materias tan avanzadas entonces, como la socialización y la nacionalización de algunas formas de producción, añade las siguientes palabras que leemos ahora como si se tratara de la opinión de uno de nuestros abuelos gruñones tan recelosos de las letras y las artes. "Las mujeres tienen parte de culpa en el desarrollo de la deplorable afición poética. Si en vez de recibir con agrado esquelas de amores escritas en verso, reservaran su preferencia para los mozos audaces que les ofreciesen una piel de ciervo o de tigre del Risaralda, cazados por ellos mismos, distinto anduviera nuestro mundo. Pero ¡ay!, el coronel Salvador Córdova no formó escuela: ya no hay cazadores en Colombia..."

Olvidada Rafael Uribe que según la tradición más noble y universal aquellos cazadores de tigres se dirigían también a las amadas en verso y solían terminar con un estrambote si no poético, al menos sonoro: Aquí traigo estas pieles de tigre y de venado y con ellas mi corazón enamorado.

Los cazadores amorosos quitaban la vida en las selvas colombianas a un feroz tigre y a un armonioso y dulce venado y es verdad que no enriquecían las letras colombianas.

Es verdad también que las épocas en que los hombres ofrecen tigres a la amada son épocas de plenitud y cuando ofrecen poemas son tiempos de decadencia, pero con los tigres o los versos lo que buscan es conquistar la mujer y producir hijos capaces de hacer una patria un poco mejor. ¿no es eso?

Algo parecido sucede en España, ahora, si comparamos estos tiempos con los del militante y pacíficamente valeroso liberalismo de fines del siglo pasado. Es verdad que los jóvenes se acercan a la mujer de otra manera, pero podrían si quisieran llevarles venados (los hay en los Pirineos) y si no hay tigres hay en cambio osos. Recientemente he leído que se han hallado algunos en las vertientes pirenaicas de Aragón. Los de Asturias como el que mató a Atiña (las historias dicen que se lo comió, pero no lo creo, porque son vegetarianos) se extinguieron. Quedan los de Aragón.

Y el madrileño que sigue de pie bajo el madroño. Pero este es tan civilizado que casi da vergüenza. En todo caso queda la mujer eterna en sus merecimientos, con versos o con tigres.

Filosofía, Arte y Letras